

¿QUÉ HACEMOS CON EL SUFRIMIENTO Y LA PASIÓN?

Felicísimo Martínez, O.P.

La pregunta es demasiado genérica. Cada cual sabrá qué hace con su sufrimiento y con su pasión, cómo maneja el sufrimiento y la pasión, propios y ajenos. En esta reflexión-meditación quiero darle a la pregunta el siguiente significado: ¿Qué hemos de hacer con el sufrimiento y la pasión, para que sean humanamente terapéuticos y cristianamente salvíficos?

Algunos elementos para la meditación de cara al Misterio Pascual y especialmente al Viernes de Pasión.

1. La palabra “pasión” tiene en castellano dos significados bien distintos, aunque estrechamente relacionados entre sí. Significa afección –ser afectado- y significa padecimiento o sufrimiento.
2. “Pasión” significa más genéricamente cualquier afección, ser afectado positiva o negativamente por algo, por alguna situación, persona, cosa, acontecimiento... Y así surgen el amor y el odio, el deseo, el miedo y la esperanza, el temor, la ira, la tristeza, el gozo... (Santo Tomás tiene un extraordinario tratado sobre las pasiones). Pasión significa cualquier perturbación del ánimo, sea hacia la alegría o hacia el sufrimiento, hacia el placer o hacia el dolor. Significa una inclinación o preferencia muy viva e intensa hacia alguna persona o cosa, un apetito o afición vehemente hacia algo. Pasión significa pues vehemencia, ardor, entusiasmo, intensidad vital, emoción fuerte... En este sentido, la pasión es absolutamente necesaria en la vida, para vivir a tope. Es el motor de la vida. Es pura energía psíquica y vital. Santo Tomás afirma que la pasión principal es el amor (Suma Teológica, I-II, 27). Vivir apasionado es vivir por amor. Vivir apasionado significa vivir con intensidad. Vivir apático significa no vivir o estar muerto en vida. Dios es apasionado y por eso sentimos que le importamos. Si Dios fuera impasible y apático, nos sentiríamos totalmente solos y abandonados. “El penar del hombre –dice San Juan de la Cruz- le toca a Dios en las niñas de sus ojos” (Cántico Espiritual, 11, 1). Y dice en otro lugar: “El inmenso amor del Verbo Cristo no puede sufrir penas de su amante sin acudirle” (Noche oscura, 2, 19, 4). Jesús no fue apático, fue pasional, apasionado, no sólo por la gran causa del Reino de Dios, sino por las causas cotidianas de los seres humanos. Por eso le vemos en los evangelios: alegre e irrumpiendo en alabanza y acción de gracias, conmovido y llorando por la muerte de Lázaro, indignado ante cualquier abuso del ser humano, compasivo ante toda clase de dolencia humana, triste hasta la muerte en Getsemaní, confesando la sensación de un cierto abandono de Dios en la Cruz... Así entendida la pasión, ¿qué hemos de hacer con ella? En primer lugar, preguntarnos cuáles son nuestras pasiones, por qué estamos apasionados, si estamos apasionados por algo o alguien, y si verdaderamente valen la pena esos apasionamientos. En segundo lugar, cultivar la pasión, para vivir con intensidad este don precioso, frágil y corto, que es la vida humana. A. Schweitzer llegó a escribir: “Si no se pone sobre el asador todo el odio o todo el amor del que uno es capaz, no hay forma de

acceder a la persona de Jesús”. Lo decía cuando todos los filósofos y teólogos querían escribir una biografía de Jesús. En tercer lugar, mantener los impulsos pasionales bajo control, de forma que ninguna pasión nos haga menos humanos o más inhumanos. A esto llamaban los maestros espirituales mantener “la soberanía del espíritu sobre la carne”. San Juan de la Cruz insistía: “hay que tener las pasiones ordenadas y compuestas” (Subida al Monte Carmelo, 3, 16, 5). Y aquí se sitúan las ejercitaciones ascéticas como ejercitaciones pedagógicas, para mantener la soberanía del espíritu. Quizá es una de las lagunas pedagógicas en nuestra sociedad del bienestar.

3. Pasión significa también el hecho de padecer y sufrir. Es sinónimo de padecimiento y sufrimiento. Y en este sentido, para la comunidad cristiana el referente supremo ha sido siempre la “Pasión de Nuestro Señor Jesucristo”. La pasión como sufrimiento, como padecimiento. Esto es lo que nos evoca la Semana Santa, el Viernes Santo, la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo. Y también la pasión de toda la humanidad. De esa pasión de Jesucristo es memorial constante la Eucaristía, para que a la comunidad cristiana no se le olvide la Pasión de Cristo y la pasión de toda la humanidad, especialmente la pasión o el sufrimiento de todas las víctimas, las del pasado y las del presente. Todo ello constituye el deber moral de la *memoria passionis*, de la que con tanta insistencia habla J. B. Metz. Pero no se trata sólo de recordar los sufrimientos del pasado, sino de preguntarnos: ¿Qué hacemos con los sufrimientos del presente, con los propios y los ajenos?
4. Este significado de la pasión nos deja a las puertas de la gran pregunta que perturbó a Job, ha perturbado y sigue perturbando a la humanidad doliente. ¿Qué hacemos con el sufrimiento y la pasión? ¿Qué hemos de hacer con el sufrimiento y la pasión? Es la gran meditación del Viernes Santo.
5. Para responder, conviene tener en cuenta que en nuestra historia personal, más allá de los sufrimientos físicos, hay dos clases muy diferentes de sufrimientos anímicos o morales. Unos son consecuencia de nuestras desviaciones, fracasos e infidelidades a la vocación humana y cristiana. Adquieren la forma de malestar sordo, de sufrimiento difuso, de sentimiento de culpa. Quizá la única forma de procesarlos es erradicando esas infidelidades. Otros son sufrimientos que nos advienen precisamente por lo contrario, por mantenernos fieles y firmes en la vocación humana y cristiana. “Y todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús, sufrirán persecuciones” (2 Tim 3, 12) ¿Qué hacemos con ellos? Asumirlos como un costo ineludible de toda fidelidad. (Se dice fácilmente). El amor es gratuito, y sin embargo la experiencia nos dice que hay que pagar un precio muy caro para mantenerse fieles en el amor.
6. Hecha esta aclaratoria, ¿Qué hemos de hacer con el sufrimiento y con la pasión? En primer lugar, guardar mucho silencio o hablar con mucha sobriedad, modestia y humildad sobre el sufrimiento, sobre todo cuando se trata del sufrimiento ajeno. Se lo aconseja Job a sus amigos: “¡Oh, si os callarais la boca! Sería eso vuestra sabiduría” (Job 13, 5). “¡Consoladores funestos sois todos vosotros!. ¿No acabarán esas palabras de aire?” (Job 16, 2-3). “¿Cómo me consoláis tan en vano? Pura falacia son vuestras respuestas” (Job 21, 34). Él mismo se arrepiente de haber hablado: “He hablado a la

ligera, ¿Qué voy a responder? Hablé una vez... no he de repetir; dos veces... ya no insistiré” (Job 40, 4-5). “Yo te conocía sólo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos. Por eso me retracto y me arrepiento en el polvo y la ceniza” (Job 42, 5-6). Se dicen demasiadas palabras y demasiado a destiempo en los tanatorios, en los hospitales, en la cabecera de los enfermos, en las cárceles... A mi mismo me habéis obligado a decir demasiadas palabras esta mañana, para invitar al silencio frente al sufrimiento. Quizá se dicen demasiadas palabras incluso el Viernes Santo, después de la lectura de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. El silencio de Jesús a lo largo del relato de la Pasión es en ciertos momentos sobrecogedor.

7. En segundo lugar, es muy urgente des-culpabilizar el sufrimiento, la mayoría de los sufrimientos. Son muchas las personas que, ante la adversidad, la desgracia, el infortunio, la enfermedad grave, el accidente..., aún se preguntan: “¿Pero qué he hecho yo para que Dios me castigue así? Es el resultado de una desafortunada catequesis que ha asociado el sufrimiento con el pecado, con la culpa, con el castigo, con la des-gracia, con la retirada de la gracia o del amor de Dios. Es urgente des-culpabilizar el sufrimiento, como lo hacía Job en una pelea a muerte contra sus presuntos amigos. Estos se empeñaban en buscar explicaciones a tanta desgracia, a tanto infortunio, a tanto sufrimiento... en algún pecado secreto cometido por Job. Con sus razonamientos faltaban al respeto al sufrimiento de Job. Este, por su parte, reacciona con violencia protestando una y otra vez que él es inocente, que no ha pecado. “Hasta mi último suspiro mantendré mi inocencia. Me aferrado a mi justicia y no la soltaré, mi corazón no se avergüenza de mis días” (Job 27, 5-6). “Pésame él en balanza de justicia y conozca Dios mi dignidad” (Job 31, 6). Tan seguro está de su inocencia que la protesta la eleva hasta el cielo, enfrentándose con el mismo Dios. “Si he pecado, ¿qué te he hecho a ti, guardián de los hombres? ¿Por qué me has hecho blanco tuyo? ¿Por qué te sirvo de cuidado?” (Job, 7, 20). “¿Tienes tú ojos de carne?... sabes muy bien que yo no soy culpable...” (10, 4.7). “¿Por qué tu rostro ocultas y me tienes por enemigo tuyo?” (13, 24). (Después del silencio, probablemente la protesta es el lenguaje más consonante con el sufrimiento del inocente. Dios no se molesta). Tanto razonamiento de los amigos de Job es una afrenta para Job y una blasfemia contra Dios. “Dios no rechaza al hombre íntegro, ni deja vivir al malvado en plena fuerza” (Job 36, 5-6). ¿Para qué intentar buscar culpables? Quizá nadie sea culpable de algunos sufrimientos. Es urgente des-culpabilizar el sufrimiento. (Lo cual no quiere decir que no haya que buscar responsabilidades, sobre todo en el sufrimiento de los inocentes. Pero quede claro que el sufrimiento de los inocentes no es el castigo por sus pecados). “¿Pensáis que estos galileos eran más pecadores que todos los demás galileos?” (Lc 13, 2). “Y aquellos dieciocho sobre los que cayó la torre de Siloé matándolos, ¿pensáis que eran más culpables que los demás hombres que habitaban en Jerusalén?” (Lc 13, 4). Y, respecto al ciego de nacimiento: “Ni él pecó, ni sus padres” (Jn 9, 3). En su pasión Jesús es el la figura emblemática del Justo Paciente, de la Víctima inocente... que carga con los pecados de la humanidad o de la inhumanidad, que se siente responsable y solidario de un sufrimiento del que no es culpable.

8. En tercer lugar, también es urgente no colocar el sufrimiento y la pasión como el ideal supremo de la vida cristiana. Ha sido otro de los mensajes explícitos o implícitos de algunas catequesis desafortunadas. El resultado fue una asociación casi esencial entre vida cristiana y dolorismo, entre santidad y sufrimiento, entre ascesis e imitación de Cristo. El sufrimiento se convirtió así en la medida de la vida cristiana: “A más sufrimiento, más vida cristiana”. No, esto no es verdad evangélica. En todo caso, para acercarnos un poco al Evangelio de Jesús, habría que invertir los términos: “A más vida cristiana, quizá mayor costo de sufrimiento en un mundo pecador”. O presentamos el Evangelio cristiano como compatible con la bienaventuranza, con la felicidad, con la realización personal..., o no será en absoluto Buena Noticia, nunca será creíble para las generaciones presentes y las generaciones futuras. Jesús no buscó el sufrimiento, pero no lo rehuyó. No buscó la pasión, pero no la rehuyó. Esto quiere decir que el sufrimiento no hay que buscarlo como ideal de vida, pero quizá hay que asumirlo y enfrentarlo como el costo de una vida humana y de una vida fiel. El final de Jesús no es la pasión ni la muerte, sino la resurrección. Si no se transmite este mensaje en el Triduo Pascual, el Viernes Santo deja de ser cristiano.

9. En cuarto lugar, y quizá sea lo más importante, es urgente luchar a brazo partido contra el sufrimiento. Si los amigos de Job hubieran hecho esto, no les hubiera criticado tanto la teología actual. A mi me sigue impresionado A. Schweitzer, aquel ilustre teólogo alemán, que dejó la cátedra de la teología, en la que se ocupaba de explicar el misterio del mal y del sufrimiento, para trasladarse a una leprosería y entablar una lucha cara a cara con la enfermedad, el sufrimiento, la exclusión social... de los leprosos. El sufrimiento, sobre todo el sufrimiento de los inocentes, forma parte de ese misterio indescifrable que es el mal en el mundo. Cada vez más personas se apuntan a encarar el mal de forma distinta a como lo vienen haciendo filósofos y teólogos con sus teodiceas. ¿Por qué pedirle tantas cuentas a Dios? ¿Por qué andar siempre buscando culpables? ¿Por qué no poner todos nuestros talentos y nuestras fuerzas para erradicar el mal en vez de eternizarnos en la búsqueda de explicaciones? Ciertamente hay que ir al fondo, a la raíz, a las causas... para erradicar el sufrimiento. Es tarea importante de todas las ciencias y de todas las técnicas. Pero también se puede trabajar a pie de calle, en las relaciones cortas, para eliminar o aliviar los sufrimientos a nuestro alcance. Una forma de erradicar el dolor es cargar con él, sobre todo cuando se trata del dolor ajeno. Coloquen aquí la meditación sobre la com-pasión, como reacción emocional y como re-acción comprometida. Aquí es emblemática la figura del Cirineo en el relato de la pasión. (Me hubiera gustado proyectar ese trozo referente al Cirineo en la película de Mel Gibson. Pero no lo he hecho, porque es una escena muy dura que puede herir la sensibilidad de los espectadores, como dicen los presentadores de los telediarios. Me gustaron dos cosas de esa película: el tratamiento del rostro de María y el tratamiento de la escena del Cirineo. Esta escena refleja perfectamente el tramo que hay en la pasión de Jesús y en cualquier pasión entre el palco del espectador a la arena de los actores implicados. El Cirineo comienza diciendo que no tiene nada que ver con aquel hombre. Una vez que cruza la mirada con aquel rostro ensangrentado, acaba enfrentándose a los soldados y carga con la cruz y con el propio Nazareno). Esto es lo que hemos de hacer con el sufrimiento: pasar de

meros espectadores a actores implicados. De ahí en adelante no se nos pide más de lo que podemos hacer.

10. Aquí van a permitirme un inciso. La sociedad actual tiende a ignorar o desconocer el sufrimiento, a anestesiarlo, a ocultar el sufrimiento. Ya Pío XII habló de la “analgesia” como uno de los problemas de la cultura actual. “Uno de los sueños de la sociedad moderna es ser feliz sin dolor y superar todo sufrimiento. Pero como eso es inalcanzable, se calman los dolores, se evitan los sufrimientos, se rehúye la pasión por la vida. Pero la vida sin disposición para el sufrimiento resulta superficial”. Es un noble ideal que quizá oculta un error de cálculo. Por eso comienzan algunos psicólogos y psiquiatras a reaccionar. No curaremos el sufrimiento atiborrando a los sufridores con pastillas y debilitando su conciencia de la realidad. Es preciso hacer luto para curarse radicalmente del sufrimiento, o para incorporarlo a los procesos de la vida. Porque sí, el sufrimiento a veces es la alarma que nos hace tomar conciencia de la realidad. En ese sentido están bien los cuidados paliativos, pero no está bien la anestesia total, porque nos hace perder el sentido de la realidad. Alguna función debe tener el sufrimiento en la vida de las personas. Algunas personas piden que les dejen morir con lucidez. Rahner siempre añoró esta lucidez del final. No sé si la disfrutó.

11. Por eso, como la experiencia y la vida nos dicen que es prácticamente imposible erradicar todo el sufrimiento, en quinto lugar habrá que buscar sentido a aquellos sufrimientos que son ineludibles: los propios y los ajenos, los que nos advienen por sorpresa o sin poder evitarlos, los fracasos en nuestros proyectos vitales, las limitaciones creaturales, la enfermedad, la vejez, la muerte.... Algún sentido debe tener el sufrimiento cuando la antropología cultural descubre que en casi todas las culturas aparecen expresiones como las siguientes: “la escuela del sufrimiento”, “el sufrimiento como fuente de sabiduría”... Es cierto que a veces el sufrimiento embota la mente y nos hace perder la razón. Pero con frecuencia el sufrimiento es fuente de sabiduría y de lucidez, nos devuelve a la realidad, nos obliga a establecer prioridades en la vida, a poner orden en los valores y objetivos que perseguimos. Todos somos testigos de lo que ha supuesto en ese sentido un accidente o una enfermedad grave para algunas personas. Su experiencia de dolor les ha llevado o nos ha llevado a decir: “Soy otra persona”; “es como si hubiera nacido de nuevo”, “qué equivocado estaba, qué equivocados estamos en la vida”... Esta es la verdadera sabiduría, la que nos libera de tantas falsas ilusiones. Esta es quizá la cara luminosa que se esconde en la otra vertiente del sufrimiento y la pasión. La Pasión, el sufrimiento, pueden ser el inicio de nuestro itinerario hacia Dios, de la verdadera conversión. Escribía San Juan de la Cruz: “En esto de ir a Dios el camino del padecer es más seguro y aún más provechoso que el gozar y el hacer” (Noche Oscura, 2, 16, 9). Primero tiene un valor purgativo, al final tiene un valor redentor.

12. Y, finalmente, también es importante hacer de los sufrimientos ineludibles una ocasión para la humanización, para nuestra humanización. Lo decía muy bien Pinocho en una de sus canciones: “Las lágrimas vertidas me han hecho más humano, y sin embargo hay personas en este mundo que aún no han aprendido a llorar”. Es cierto que a veces el sufrimiento nos puede deshumanizar. Pero

suele ser más frecuente que el sufrimiento nos haga más humanos, más comprensivos, más tolerantes, más compasivos, más sujetos morales... Probablemente nadie es capaz de com-padecerse de verdad hasta que no ha padecido. Y nadie es capaz de saber lo que es el amor hasta que no ha sufrido. Acabo de leer hace apenas un par de días esta frase, hablando de la estrecha relación entre el dolor y el amor: “Quítese el dolor y nuestras madres nos serían absoluta y perfectamente indiferentes”. Podíamos traducirla: “Quítese el dolor, la Pasión de Cristo, y la figura de Jesús nos resultaría perfectamente indiferente”. No nos es indiferente, porque hemos creído que “me amó y se entregó por mí” (Ga 2, 20; Ef 5, 25). El dolor propio nos permite con frecuencia humanizarnos y hacernos cargo o cargar con el dolor ajeno. Quizá por haber sufrido, el samaritano se compadeció del herido del camino, y el dolor ajeno le convirtió en sujeto moral. Quizá le sucedió a las mujeres que lloraban y se lamentaban en el camino de la Pasión de Jesús, pues les permitió permanecer firmes al pie de la cruz e incluso esperar la resurrección, contra toda esperanza. Quizá le sucedió a Pedro a quien las lágrimas vertidas después de las negaciones le hicieron más humano y le permitieron comprender la debilidad, la huida, el abandono de sus compañeros... y contestar por tres veces: “Señor tú sabes que te amo”. Sólo el amor y las lágrimas nos puede llevar hasta la verdadera humanización, hasta la transformar la confesión de fe en una confesión de amor.

13. El Viernes Santo no podemos ignorar el desafío que Pablo nos presenta a los cristianos: la comunión en nuestro sufrimiento con la pasión de Cristo (“la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a él en la muerte” (Flp 3, 10); y la continuación de esa Pasión de Cristo en nosotros (“Ahora me alegro de los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo” (Col 1, 24)). No es que la pasión de Cristo sea incompleta para la salvación de la humanidad. J. Moltmann dice que nuestros sufrimientos forman parte de los sufrimientos apocalípticos. Pero, sin ir tan lejos como Moltmann, es que quien quiera completar el camino que él siguió, tendrá que hacer también el recorrido de la pasión, hasta que la resurrección sea universal. Para los cristianos es aleccionador una meditación que aparece con frecuencia en la teología judía de nuestro tiempo: hay que ayudar a Dios a cargar con el sufrimiento de la humanidad. Lo había dicho ya la teóloga alemana D. Sölle: “Durante mucho tiempo Dios ha hecho mucho por nosotros; ha llegado la hora de que nosotros hagamos algo por él... Dios necesita urgentemente nuestra ayuda”. Pero lo dijo sobre todo la joven judía E. Hillesum. Lo dijo de forma sin igual y con una pasión nacida desde las entrañas del sufrimiento padecido en los campos de concentración: “Dios no puede soportar tanto sufrimiento; tenemos que ayudarlo a soportarlo. Y, si Dios deja de ayudarme, me tocará a mí ayudar a Dios... No me hago muchas ilusiones sobre la realidad de la situación y hasta renuncio a pretender ayudar a los otros; tomo como principio ayudar a Dios en cuanto sea posible, y, si lo logro, estaré ahí también para los otros... Yo te voy a ayudar, mi Dios, a no apagar en mí, pero no puedo garantizarte nada de antemano. Una cosa por el momento me parece más y más clara: no eres tú quien nos puede ayudar, sino nosotros los que te podemos ayudar, y, al hacerlo, nos ayudaremos a nosotros mismos... Hay gente, ¿puede creerse? que en el último momento trata de poner en lugar seguro las aspiradoras, los tenedores y las cucharas de plata, en

vez de protegerte a ti, mi Dios... Mientras tanto, créeme, yo seguiré obrando por ti, Dios mío, te seguiré siendo fiel y no te expulsaré de mi recinto” (Seguiría citando a esta gigante del sufrimiento y de la mística del dolor, pero... es ya hora de callar). Sólo añadiré algo que escribió S. Weil: “Debería haber otro Cristo para compadecerse de Cristo y ayudarle a llevar tanto sufrimiento”.

Muchas gracias por vuestra atención!

Felicísimo Martínez, O.P.
Madrid, 21-2-2009